1

EL FOGÓN DE *N*

233767



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1
233767

47/1505149

El Fogón de Manolita

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Aire, aire!

—¡Eso! ¡Aire! ¡Arriba, arriba!

—¡Ay, Simón!

—Qué caprichosa me has salido!

—Porque puedo... ¿Yo pago? Pues yo mando.

—Pero ¿te disgustan los globos, pilli?

—No todos. Los tuyos, pongo por caso...

—Y los míos... que ahora me estás sobando...

—Y resobando. ¡Qué! ¿Te sabe mal?

—¡Cá! ¡A poco es a lo que me sabe!... ¡Soba. soba! ¡Más abajo!... Ahora déjame que te sostenga la cuerda.

—¿De qué cuerda hablas?

—De la de la válvula, tonto.

—¡Caray! ¡Qué trápala!.. Pero ¡ay!... No tires mucho! Cójela con cuidadito; que

R. 3224178

es como se cogen las cosas de los globos...

—Tus bigotes me enamoran, Simón.

—¡Ya lo sabía!...

—Y me cosquilléan en las orejas cuando me besas...

—¡También lo sabía!... Manolita... Los globos...

—Qué ¿ves otros?

—No veo, pero palpo... Ahí por la parte de Poniente... Y son grandes...

—Y duros, ¿no?

—¡Y movedizos también!

—¡Claro, que estando encima de tus piernas, estos globos los puedes apreciar mejor.

—Los aprecio y los distingo... y me ponen en tensión...

—Ya lo estoy viendo.

—¡Manola!

—¡Qué!...

—Menea un poco la cuerda a ver si me distraes y esta tensión se me calma...

—¡Oh! Sí... ¡Y mis besos!

—Eres cruel, Manolilla...

—¿Cruel por que te doy gusto?

—No... Porque hemos subido a una altura que...

—¡Ponme la mano ahora!...

—¿Dónde, hija!...

—¡Aquí!...

—No sé... No veo.

—Dámela...

—¡Ah! Ya... Qué negro está todo...

—Pero se ven estrellas; mira bien...

—Ya sabes que soy corto de vista.

—Dame el bistek.

—¡Otra vez te se abre el papetito? Espera, que no veo bien.

—Alúmbrate con el chisme eléctrico que te has traído.

—¡Es que no doy ni con el chisme!

—Yo lo encuentro en un tris. ¿Lo ves?...

Si que eres una especialidad para hallar chismes de esos, Manolita.

—¡Pues ándate con tiento!... Saca la botella del Valdepeñas.

—¡Ah!... Eso si que lo sé... La saco. Bebe así desde la botella... Olvidé los vasos.

—¡Qué bueno está!...

—No apures la botella, que no hay más que otras tres...

—Bebe de mis labios, Simoncete...

—¡Ay!... Manolita... La perla de las sportmenticas.

—¿Muevo el globo?...

—¡Me vuelvo tarumba!... No hay quien te resista, reina del espacio!

—¿No me engañas?...

—¡Cómo!... ¿No me ves sumiso a tus plantas?

—¡Adórame!

—¿Más aún?...

—Dame más bistek.

—No puede ser... ¡Lo siento!

—Más bistek, digo... Eso no me sacia jamás... ¡Dame más!

—¡Toma!... ¡Oh! ¡Vaya una vampira que me has salido, hija!...

—¡Adórame!... ¡Quiéreme!...

—Separa obstáculos, pues no veo bien donde pongo la cena...

—Ya lo noto yo... que me satisfago con ello... ¡Más! ¡Más!... Simoncito.

Decididamente aquel viaje en globo era venero de sensaciones nuevas, originales para la pareja Manola-Simón.

—¿No dices que tus padres te esperan para la suaré de esta noche?

—Me esperan, pero ¡si! que esperen...

II

Dos días habían transcurrido desde que Manolita y Simón habían emprendido su descabellado viaje. Nadie en la ciudad sabía de ellos.

En tanto, el globo, habiéndose inutilizado la cuerda de la válvula emprendió vertiginoso viaje a merced del fuerte viento y sin que nadie pudiera impedirlo fué a caer en una pequeña isla del Atlántico,

Acaso una de las azores: pero en absoluto deshabitada.

—Te has hecho pupa niñita?

—El golpe nada más... Duéleme bastante una nalga.

—A ver...

—Y tú, que vas a ver si eres miope!..

—De cerca si veo... y lo que no veo lo palpo y esto salgo ganando.

—¿Sabes que estoy fatigado de la ascensión a esta montaña?

—Y yo también... Pero y tus ropas?

—Se han perdido en la barquilla del globo... Bah!.. Eso ¡qué importa!

—Ves que voy casi en camisa? Pues ¡a mi qué!..

—Figúrate si te presentaras asi en el salón de tu casa ante tus invitados.

—Algunos por no decir todos, darian una fortuna solo por verme asi, casi en pelota! ¡Je, je, je!

—Cuando digo que eres la reina de la frescura...

—Ay!.. ay!.. Simón!.. Sostenme... Que me... que me... ¡ah!

No pudo acabar la frase. Manolita resbalóse sobre un pedrusco mal asentado y comenzó a dar tumbos... Sus posaderas divinas, rollizas y amplias de gozadora en vez de mullidos colchones, hallaron por todo contacto duros guijos y sus muslos de gloria, carne de placer, blanca saturada y mórbida fueron arañados por no pocas matas de arbustos silvestres...

Caso raro!.. Ella no se asustó de aquella caida... Era una caida más, de las muchas a que ya estaba acostumbrada...

Lejos de asustarse... cuando llegó a la meseta próxima, unos 15 o 20 metros solamente del peñasco en que habíase quedado y aun seguía el compañero Simón, la intrépida Manolita echó mano a ciertos parajes de su persona y exclamó satisfecha, alegre!

—Gracias a Dios! El fogón, mi fogoncito se conserva intacto... Yo que temí por el! ¡Qué loca soy!

—Manolita!.. —llamába, apuradísimo Simón, que no habíase dado cuenta de aquella súbita caida.

—Estoy en salvo!.. No te preocupes... Bajate, cuando quieras...

—Donde estás!

—Acá! Junto a unas chumberas!..

Junto a las chumberas de que hablaba

Monolita habia una especie de gruta natural, abierta en la dura tierra.

—¡Oh! qué hermoso!.. Aqui nos amaremos, chico!

—Vaya una *alcoba* linda!..

—Qué quieres! en el campo como en el campo. Figúrate que somos Adan y Eva. ¿Traes el panier?

—El panier no; el sacoche si...

—Pues del sacoche saca el frasco del timol... Apurate que me duelen los muslos, las nalgas y todo el cuerpo.

El pobre Simón, ejerciendo de «cruz roja», procedió a chupar con timol las cien y pico de escoriaciones que los guijos y los arbustos produjeran en el perfecto y lascivo cuerpo de la adorable.

—¿Aquí también?

—Mas abajo... Frota, frota!.. No temas... Oh! ¡ja ja ja!

—Qué! Te ríes por que froto?

—Es que las gotas del líquido me llegan a lo más íntimo y ¡ja ja ja!

El cuerpo de Simón, para comodidad de la operación terapéutica hallábase casi acoplado al eburuco y corneante de la paciente.

—¿Te da gustito ahora, nena?

—Más encima!..

—¿Así?

—Más en medio... Aho... ra! ¡ah!
—¿Es que te gusta mi masaje?..
—Me enloque... que... ce..!
—¡Qué boba eres... Acabemos... ¿Estos pechos ya están bastante frotados?
—Sigue!..
—Sigo... Mas ¿en las puntitas?
—Oh! Si... Qué dulce!..

Aquella gruta era deliciosa: estrechita para dos si se quiere; pero deliciosa precisamente por eso. El calor no apretaba y allí se estaría como en una especie de pequeño paraiso.

Del sococho sacó Simón un salchichón entero.

—Hay huevos en el saco?
—Dos...
—Traelos acá...
—Que vas a hacer!.. No hay sarten.
—Pero aqui veo un plato...
—Ni cerillas; he gastado la última cuando principiabamos a subir.
—No te preocupe eso... Trae acá el plato de metal y trae los huevos y el salchichón.
—Que vas a hacer?
—Dejame a mi... Vuelvo pronto.

Manolita, resuelta y rápidamente fuese tras un matorral de zarzamoras, chumberas y otros arbustos. No pasaron ni cinco



minutos cuando ya estaba de vuelta.

—Que veo!.. Una tortilla!.. Eso es milagroso, chica!..

—Milagroso ¡quiá!.. Mi fogón especial...

—Pero donde está?..

—Comamos ahora y luego sabrás donde lo guardo...

—Comamos!.. Pero confieso que eso es arte de brujas... ¿Qué sabrosa está esta tortilla... ¡Olé las cocineritas!..

—Ahora como postre ¡salchichón al natural!...

—Es cierto... Pero no comes mas que tú!.. Perversa!..

—Calla!.. Como asi a ti no va a gustarte... Se guardaré una rajita!

—Eso es ya otra cosa!.. Venga la rajita!..

—Toma esta... Híncate de rodillas que saborearás mejor lo que eso es bueno...

—Sí que... en efecto... ¡Oh!.. ¡Vaya una raja!

—Muerde, muerde, sin miedo...

—Eres única para las novedades... Te proclamo la reina del Salchichón!

Acabaron revolcándose en el suelo ¡y aun tenía simón la raja entre los labios! y aun saboreaba ella el sabroso salchichón!..

III

Aquella isla, una de las Azores... para que no se *azorara* nuestra cálida parejita, resultaba inhabitada efectivamente?

Por el momento Manolita y Simón lo creyeron a pies juntillas.

Pero una tarde, calmosa y fresca de Octubre, mientras ambos, abrazados saboreaban su luna de miel tendidos sobre el ver de musgo, cuya blandura ofreciales casi las comodidades de una tupida alfombra, oyeron el rasguear de una guitarra y el runruneo de unos cantos, cuya melodía les era conocida.

—Eso es portugués... ¡Caramba!... No contábamos con ello, Manolita.

Eran hasta ocho marineros que andaban perdidos por la isla y cantando y *falando* en su lengua iban a ver si descubrían alma viviente.

—As ordenes de vosas, senhorías...

—¿As ordenes?

—As...

—Mira; ese se conoce que entra de *as*... Estoy por arrastrar.

—¿Pero venis de muy lejos?...

—De Coimbra, meu senhror.

—¡Caracoles!... ¿Y vuestro barco?

—Non habemos barco.

—Ficamos sin embarcación... meus senhoritos.

—Pues os habéis caído...

—No... Levantarnos siempre...

—¿Y qué pensáis hacer?... Aquí no hay hoteles...

—No apurarnos... Comeremos bananas y plátanos.

—No los hay tampoco.

—Yo comería esa bella mulher vostra...

—Es que esta no se deja comer tan fácilmente.

—Nos comeremos a bocadinhos.

—¿A bocadinhos? Eso ya es otra cosa... Pero una sóla mulher os va a tocar a poco...

Meus gustinhos son parvos... Que me toque una *coxa*, basta.

—¿Y qué será una *coxa*?

—Un muslo, mujer...

—¿Veis? Tengo dos... Aplicaos a ellos y no morder muy fuerte y puede que nos entendamos...

—¡Mortas mercedes!...

—¿Mercedes? No. Manolita.

—¿Manolita? Melhor.. Gustar igualmente. Nome no hacer la coshina.

—¿Tienen el habla cariñosa, ¿no crees, Simòn?

—¡Lo que creo es que eres una sinvergonzona... Estaba por abandonarte y largarme solo.

—¡Qué! ¿Piensas tomar el expreso del medio día? ¡Já, já, já!

—¿Risitas encima?...

—¿Encima, meua deusa ficaria yo propio.

—¿Qué dice ese?

—*Ficaría*, en portugués, es como decir: *estaría* encima.

¡Ah! Ya... Cuando tu quieras.

El segundo de a bordo, que mandaba aquellos siete hombres, comprendió que sus subordinados le estorbarían y dió orden de marcha.

—Os alrededores. ¡March'n.

Los siete marinos, protestando a medias y de mala gana, se largaron.

—¿Quedamos tres? ¿Los tres solos? ¿Y dónde van esos?

—¡O undecimo no estorbar, cara menina!

—¿Va por mí la orden también?—dijo amenazador Simón.

—Vosa merced fa quelo que melhor le parezca...

—¡Vaya un tío!

—Se no convene, diga la menina e obedezco a menina eu.

—¡Eu! ¡Eu!... Nada, que ese hombre me saca de mis casillas con su frescura...

Non ser frescura... Ser calentura, meu senhor...

Simón lanzó una mirada de rabia a su antigua novia.

Esta, que se había encaprichado súbitamente del cabo portugués, no hizo caso del despechado español y dejó que se largara con viento fresco.

—¡Hasta nunca!—rugió Simón saliendo de estampía.

—¡Amote, mía deusa!

—¿De verás? ¡Te ha dado súhito, marinerito!—rio ella, mientras alzaba aún más con mano maliciosa la escasa faldamenta que mal cubría sus bellos amplios muslos; en tanto pasaba alrededor del cuello del vigoroso portugués, apuesto y sonriente como un Apolo.

Unos ósculos apasionados, ruidosos en los labios respondieron a sus arrebatos.

Los labios de Manolita hacían filigranas al trabar conocimiento con los del marino.

—¡Eres esquisita, menina!... Fhala.

—¿Qé es eso?... ¡Ah, sí! ¿Que hable?

—Adormecesme con tu acento espanol. Teu novio es ridículo.

—No mucho... ¡Ponte en su lugar, hombre!

—Esto estoy haciendo, meua deusa.

Comenzó la tarea mejor de aquel viaje da exploración, que el marinero, atrevido, feliz emprendía por el mar de los placeres.

En un cuarto de hora recorrieron la ruta dichosa. Quedaron satifechísimos el el uno del otro.

—Es lástima que no vengas a España, hijo... Eres fogosísimo; me convienes...

—Ahora apetito de amor satisfecho... Mais...

¡Qué! ¿Qué deseas?...

—Pescamos sardinhas e non tengo fogo... ¡Lástima!... Non tengo ni cerillas...

—¿Traes un pescado, dices?

—Una grande sardinha... Vea vosa senhoría...

—¡Oh! Sí; realmente... Bien; no te apures, yo tengo un fogón eléctrico...

—¡Oh! ¿Será verdad?

—¡Y tanto!... Tráeme el pescado y aquí tengo el fogoncillo.

—¿Vamos a asar la sardinha.

—Al momento... Vas tu a ver...

Aquello fué coser y cantar... Entre los

dos, una vez asado el lindo pescado del marinero, lo tragelaron bonitamente, hallándole sabrosísimo.

***

A los pocos minutos, uno de los siete marineros, en nombre de los demás pidió permiso para penetrar en la gruta.

—Pasa, Cascaes...

—¿Sabe el cabo de dónde haber fogo para asar nosas sardinhas?

—Pasad, hijos, pasad... ¡Pobres chicos... Unos después de otros, ¿eh? Puesto que mi fogón es diminuto y no coge en él más que un pescado cada vez...

—¡Ben! ¡Ben!... Mira, menina...

—Y unos después de otros, asaron su pescado respectivo en el oportunísimo fogón de Manolita... Y después de asado el pescado fue saboreado a qué pides boca.

El pobre Simón desapareció... ¿Se echaría al mar el infeliz?

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas.—Acaparadora de besos—Toma y daca.—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor. Sangresita serrana.—Dame tu aliento.—La rendija deliciosa.—Cabecitas locas.—El muslo tentador. Asaura pa'l catre.—Besitos chupados.—Vientres movedizos.—Efluvios amorosos.—Fatiguillas sabrosas.—La reja de los suspiros.—El fogón de Manolita.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires